



LECTURA Y ESCRITURA EN LA TAREA DE LOS PERIODISTAS: “TRABAJAR CON LA PALABRA”, Por Sonsoles Echavarren, Redactora de Diario de Navarra

Cuando empecé a trabajar como periodista, necesitaba una tarde completa para escribir media página de periódico. Y aún me parecía poco tiempo y me surgían problemas. Hoy, seis años después, puedo escribir una página en un par de horas. ¿Qué ha sucedido en estos años? Dos cosas muy simples, tiempo y práctica.

Hay personas que sufren el síndrome de la página en blanco, que les cuesta muchísimo crear un texto de la nada. Quienes trabajamos a diario con la palabra, no podemos permitirnos ese lujo. Todos los días debemos producir una información, una entrevista o un reportaje, un texto que al día siguiente leerán miles de personas. Pero no nos paramos a pensar en eso. Simplemente, escribimos. Y a veces, dependiendo de la hora en que surja la información, contrareloj. La mayoría de los redactores escribimos de forma casi mecánica. Sólo, en el caso de que tengamos que preparar un reportaje a largo plazo, podemos dedicar tiempo a hacer y rehacer un comienzo del texto y a deleitarnos con las palabras.

Mucho se ha hablado sobre la cercanía entre periodismo y literatura. Y de que grandes escritores comenzaron escribiendo crónicas de sucesos en periódicos regionales. Pero en la práctica hay más diferencias que similitudes y, quitando algunas excepciones, hay que desmitificar la idea del periodista-escritor-bohemio. Entre reporteros y novelistas existen dos diferencias básicas: lo que se cuenta y cómo se cuenta. El contenido de ambos textos no tiene nada que ver: el novelista participa de lo fabulado, mientras que el periodista no puede inventar, debe atenerse a contar lo que ha sucedido. Una de sus reglas básicas es ser objetivo. No debe valorar lo que se cuenta pero tiene que darle al lector elementos suficientes para que lo valore y lo juzgue. El lenguaje utilizado también es distinto. Una de las primeras cosas que se aprenden al llegar a la redacción es que hay que traducir el lenguaje burocrático, económico, científico... y escribir una memoria de un banco, unos informes de obras públicas o una entrevista a alguien que acaba de defender su tesis doctoral “como si se lo estuviésemos contando a nuestra abuela”.

Pero los consejos ya venían de antes. En la universidad nos enseñaron que para ser un buen periodista hay que saber escuchar y leer mucho. Lo primero lo hacemos a diario porque los reporteros somos ciudadanos que básicamente nos dedicamos a hablar con la gente. Nosotros nunca tenemos toda la información pero al hablar con los otros (vecinos, autoridades, intelectuales...) podemos completarla. Lo segundo, también lo hacemos, aunque un poco a nuestra manera. A diario caen en nuestras manos notas de prensa elaboradas por gabinetes de comunicación, que debemos leer, interpretar y *traducir*. Todos los días leemos también los teletipos de las agencias de noticias que cada pocos minutos saltan a la pantalla de nuestro ordenador desde todos los rincones del mundo. Y por supuesto, leemos periódicos. El nuestro, para ver de qué informamos y qué han escrito nuestros compañeros; los de la competencia, para ver qué noticias publican y, si queda tiempo, otros rotativos regionales o nacionales.

¿Y las obras maestras de la literatura? ¿Y las novelas de lectura obligada y los *bestsellers*? Por supuesto que también. Pero lo hacíamos mucho más durante la época universitaria. Ahora, sólo cuando queda tiempo, durante los fines de semana y las vacaciones. Es cierta la idea de que a escribir se aprende leyendo. Sobre todo, a los grandes. Lástima que trabajar con las palabras deje tan poco tiempo libre y los enamorados de la literatura, tengamos que arañar las horas para poder leer. O lo que es lo mismo, para seguir aprendiendo a escribir.